



MARCA REGISTRADA

## EDICIÓN ESPAÑOLA

Santa Isabel, 45. Apartado 547.—Teléfono 1.843  
Horas de 9 mañana a 4 tarde.

CARAS BONITAS  
LA MIRALLES

*Hermosa bailarina, consagrada por el público madrileño, del que es artista predilecta.*

## SUMARIO

- CÉSAR JALÓN  
Sección vermouth.
- JOAQUÍN BELDA  
El amor es tuerto.
- A. RODRÍGUEZ DE LEÓN  
Y para colmo de amores...
- E. BLANCO SÁNCHEZ  
Los ojos que no vieron nunca  
el llanto.
- J. PÉREZ RAMÍREZ  
Cuento interrumpido.
- ENRIQUE FÉBRE  
Virtud reconquistada
- ANGEL G. LUGEA  
Carmen.
- VICENTE VEGA  
¡Esos niños...!
- ANGEL CLIMENT TORMO  
Remembranza.
- LUIS ESTESO  
...Y vamos tirando.
- MATEOS, TINO, RINCÓN  
y MENOYO  
Varios dibujos y retrato  
de La Miralles.

5 cénts.



# SECCION VERMOUTH

## Las "peñas" de los cafés.

**D**AVID, que haciendo honor a su bíblico nombre, es un gachó del arpa, es, además, un camarero asturiano que se pasa la vida cantando como para que llueva y oyendo discutir a su acreditada parroquia como quien oye llover.

Bien es cierto que la parroquia del tal David «se las trae».

Entren ustedes en el Colonial—y perdonen—y siéntense ustedes a mano derecha—y sigan perdonándome—, en las dos mesas que hacen ángulo con las

### DISTRACCIONES



—¿Le hago daño, señorita?  
—¡Anda! ¡Conque se lo iba a preguntar yo a usted!

puertas de cristales que dan comunicación al café con el portal de una casa de vecindad—de buena vecindad, para evitar errores.

En aquellas dos mesas, lectores, se está talmente que en el auténtico paraninfo de la Universidad.

Todo es allí objeto de acalorada discusión, más acalorada ahora, ya que no es ninguna la eficacia del ventilador eléctrico, diga lo que quiera su inventor.

Los parroquianos de David lo discuten todo, excepción hecha de la estulticia de Peladilla, que es siempre aprobada por unanimidad, cuantas cuestiones se ponen sobre el tapete—que en este caso es de mármol—dan lugar a voces y carreras. No hablemos de sustos, porque ninguno de los distinguidos polemistas se asusta de nada.

La guerra y los toros; las tarifas de los tranvías y la higiene y salubridad de Madrid; cómo se vive en Andalucía y cómo se puede tomar sin ser socio un coche del Casino o del Círculo de Bellas Artes... ¡Toda la gama de casos y cosas habidas y por haber han tenido tratamiento de usía en aquel rincón del Colonial!

Otras veces—y no las menos—la «peña» se entrega al chismorreo artístico.

—¿Has visto a esa? ¡Es la Rudi!—exclama un ciudadano de facciones angulosas e injerto en rubio, que, por más señas, presume de niño bonito.

—¡No la hemos de ver!—contesta un distinguido militar retirado—. ¡No la hemos de ver! ¿Cree usted que nadie más que usted la conoce?

—La que viene detrás es su madre—añade un tercero que no quiere tampoco aparecer como indocumentado.

—¡Menuda madre! ¡Toma el café con bisteque y el bisteque con patatas! (Esta exclamación fué de un menor de edad que forma parte de la «peña»).

## FILOSOFÍA MODERNA



—¿Ves, hijo mío? Si te casases no tendrías que venir al paseo conmigo.

—Pero tendría que venir con mi mujer.  
¡Total!...

—Pues la otra noche tuvo más gracia, aunque menos apetito—comentó un catalán con toda la barba... negra—. Las convidé yo:

—¿Qué quiere usted tomar?—dije a la madre.

—Café con media.

—¿De abajo o de arriba?—subrayó David.

A lo que la mamá de la Rudí repuso:

—Mira, traéte la media de abajo con la media de arriba encima para que no la entre el polvo.

Pero de cuantas discusiones escuchó el cronista, uno de esos días en que no está de turno el chismorroco, fué la que, hace pocas noches, provocó «Monerri», ese picador de toros que no se parece al Sol, porque el Sol pica todos los días y él — «Monerri» — pica unos días y otros vende décimos en su administración de loterías de la calle Ancha.

—Yo creo—decía «Monerri»— que los «delgaos» son más lujuriosos que los gordos. ¡Ahí está ese muchachito oje-

roso y escuálido que se sienta aquí que es la lujuria andando! ¡El pecado capital con traje de lanilla, como si dijéramos!

—¡Según, según!...—masculló el militar.—Trigo dice que todas las mujeres son unas puercas cuya envoltura carnal es más o menos bella. ¡Todas, todas, las gordas y las delgadas!

—Y Zamacois e Insúa—gruñó el apoderado de «Malla» que fué periodista en Zaragoza—dicen en sus novelas que las mujeres delgadas, nerviosas por lo general, tienen que ser lujuriosas, y que las gordas, gracias a su grasa y a las comodidades de que deben gozar, son también precisamente por eso, por lo que deben gozar, muy lujuriosas.

—Conformes, señores. ¿Pero ocurre lo mismo en los hombres?

Esta nueva pregunta del «Monerri» encarriló la discusión por otro derrotero.

Cada cual, en la «Peña», calculaba el espesor de su pantorrilla y el diámetro de sus «biceps» y hecho el cálculo juraba formalmente de qué hazañas era capaz durante una noche de amor...

—Yo tantos centímetros de «biceps» por tantas hazañas.

—Yo tantos por tantas...

La estadística dió como resultado que los gordos eran capaces de un mayor número de hazañas. Y así iba ya a aprobarse, casi por unanimidad, como la estulticia de Peladilla, cuando David, que es un gachó del arpa, vino a llevarse el servicio, cantando como para que lloviese, esta copla del «Villar» de Arnedo, que parece del billar del Palace:

Los jóvenes juegan bien  
y creen saberlo todo;  
pero más saben los viejos  
porque juegan por recodo...

—¡Alto ahí!—gritó el «Monerri».—Nosotros estábamos jugando de bola a bola. Discutíamos de buena ley sin trucos. Cuando tengamos en cuenta los trucos y el «juego por recodo», entonces sabremos quién es más lujurioso que quién. Porque no debe ser el más lujurioso el que más puede...

CÉSAR JALÓN.

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

## EL AMOR ES TUERTO

**B**UENO, hombre, bueno. ¿Y cuándo has venido?

—Pues esta mañana.

—¡Muy bien! ¿Y no se te ha ocurrido pasar por casa?

—Pero ¿cuándo, tía de mi alma? Llegué a las diez; a las doce tuve que ir a ver a abuela y no me ha soltado hasta las tres, y a las cuatro me he venido aquí con esos amigos.

—¡Clarol! Por lo visto te interesaba más ver la Exposición canina que ver a tu tía.

—Ya ves como la Providencia te ha puesto en mi camino; algo presentía yo, pues sabía que en la inauguración de una Exposición canina tú no podías faltar; ¡como eres tan aficionada a los chuchos! Oye, ¿sigues teniendo aquel falderillo tan mono que siempre tenía la lengua fuera?

DE LA «CERVE»



—¿Y como cuánto vienes a sacar de propinas?

—Nada, porque le damos al dueño más de lo que ganamos. Así que no sacamos propinas; pero siempre sacamos algún parroquiano.

—¿Cómo fuera? Tú no sabes lo que dices... Pues murió el pobre; ahora tengo un Terranova magnífico, grande, forzado, un encanto.

—¿Y lo has traído a la Exposición?

—¡Ni pensarlo! ¡Para que lo vean las amigas y se enamoren de él y me lo quiten!... Me mataban. Si quieres conocerlo veinte mañana a almorzar a casa.

—Mañana no puedo; tenemos convidados. ¿No ves que es mi cumpleaños?

—¡Ay, es verdad! ¿Cuántos cumplés?

—Veintidós.

—¡Qué viejas nos vais haciendo!

—¡No digas eso, tía, por Dios! ¡Si estás cada día más guapa!

—La tía se ruborizó hasta los adornos del sombrero; por su cara, que debió ser hermosa cuando el bombardeo del Callao, se extendió una plancha de carmín que le sentaba bastante bien.

El sobrino, por un fenómeno reflejo, se puso también colorado; en su rostro dulce de niña el rojo de la vergüenza parecía un adorno de tocador. Tenía los ojos azules y el cabello como el oro. ¡Un cromo, en fin, para la cubierta de un devocionario!

No fué al día siguiente, pero sí a los tres días, cuando el sobrino fué a almorzar a casa de su parienta. Se la encontró muy adornada, realizando hasta el infinito lo poco que quedaba de sus pasados encantos, pero con los ojos mustios como de haber llorado mucho.

—¿Qué te pasa, tía? Tú has llorado.

—¡Ya lo creo que he llorado! Y lo que me queda que llorar.

—Pero ¿qué ha pasado?

—El perro... el Terranova...

—¿Se ha muerto?

—¡Ojalá!... Se escapó anoche con la pachona del panadero de abajo.

—¡Válgame Dios! Pero no te pongas así. Al fin y al cabo era un perro, no era una persona.

—Pero si es que no me acostumbro sin él. Todas las noches dormía a los pies de mi cama, y si le pasaba algo, o por si me pasaba a mí... Y ahora ya me tendré que acostar sola, con el miedo que me da.

El muchacho estaba en esa edad en que el pecho de una mujer, desarrollado hasta la pared de enfrente, constituye el supremo atractivo; y el pecho de su tía, a pesar de los estragos del tiempo, se mantenía firme, al menos en

apariencia, y ofrecía un desarrollo que casi tocaba los límites de lo monstruoso. Como una obsesión, el chico se fijaba en él y en los vaivenes de globo hinchado que experimentaba a medida que ella iba dando suspiros y comentando sus penas.

—Estoy desesperada. ¿Dónde voy a encontrar yo ahora quien sustituya al pobre animal? ¡Con la confianza que tenía conmigo!

—Eso no, tía; no hay que afligirse tanto. Pues ¿qué dirías si el fugado no fuese el perro, sino una persona a quien tú quisieras mucho? ¿Yo, por ejemplo?

—¡Calla! ¡Calla! No me atormentes más.

Otra vez volvieron a ponerse los dos serios; pero esta vez no hablaron palabra. Como el amor es ciego, el chico no reparó en la edad de ella, ni en la flacidez de sus carnes, ni en nada que no fuese aquel pecho que le obsesionaba, y bajo el cual se ocultaba un corazón de tía.

Ahora que, a pesar de ser ciego el amor, aún le quedó al sobrino un ojo abierto para ver que su tía no tenía hijos y tenía ochenta mil duros en el Banco. El amor resultó tuerto nada más, y la pobre señora no volvió a pasar miedo por la noche.

JOAQUÍN BELDA



## ¶ PARA COLMO DE AMORES...

En su estancia perfumada  
y en la gloria de un momento  
tuvieron resurgimiento  
los anhelos de la amada.

—¡Ya es tuya toda mi vida!—  
le dije con voz mimosa,  
y una lágrima gloriosa  
fué el pago de la vencida.

Sobre su carne temblante  
deshojé febricitante  
rosas de amor una a una.

Y para colmo de amores  
también deshojé sus flores  
sobre su lecho la luna.

A. RODRÍGUEZ DE LEÓN

## REMORDIMIENTO



—Mira, Eloisa, me parece mal que engañemos a Carlos de esta manera.

—¿Pero sabes tú, acaso, alguna otra manera de engañarle?

---

## LOS OJOS QUE NO VIERON NUNCA EL LLANTO

**A**LMA, ¿vieron tus ojos alguna vez el llanto?

—¡El llanto! ¡Es un rito extraño que en mi religión no existe!

Y los dos bajaron los ojos al suelo y contemplaron las flores.



La gris caravana emprendió de nuevo su marcha. Era el caminar sereno, y casi pesado bajo el sol que ya en el amanecer abrasaba.

Una fulgente claridad lo llenaba todo, impalpablemente, como llena de aromas la magnolia la habitación donde está muriendo.

Un grillo misterioso y raro cantaba

bajo aquella cumbre poniendo su insistencia monótona en el aire.

El alma, bajo la grandeza de su soledad, en aquella grandeza de la soledad de los campos, se sometía a su influjo, débilmente, igual que algunas veces se someten los peces a las corrientes de las aguas...

Y un águila oscura, como la caravana, paseaba altísima paseando igual su sombra gris por el suelo...

Y esta sombra guiaba.

Parecía ser guía de la caravana gris

contemplaron las tierras yermas, sin vegetación.



Los camellos habían bebido de la fresca agua de la fuente y descansaban bajo las palmeras... Rebaños de corderos sucios y de corderillos blancos como la luna pastaban por los alrededores. Arabes astrosos, sentados en el suelo, sobre piedras, miraban vagamente el cielo y la tierra... La fuente tenía un sopor oscilante y nervioso y murmurador por entre las palmas y los guijarros del suelo... La luz, empobrecida por el encanto de las palmeras, tenía asimismo un dolor indiferente y mustio... Era pesado el ambiente, como si se complaciera en hacer fuertes sus caricias...

La vida, en la oculta murmuración del oasis, se ofrecía a la vida como una mujer desnuda llena de impudicia.

Azús llevó a Jámina junto a la fuente...

—Alma, el llanto es así... Es una floración de los ojos... Todo su amargo es grato como el dátil y la leche de camella...

Y Jámina repuso:

—¿Quién tendrá en su religión un culto para ese idolo?...

Azús la besó fuerte en los ojos.

—Ven... Reposa... Tus carnes tienen el temblor del agua del llanto... ¿Por qué entonces tus ojos no lloran?...

Callaba...

—Ven a mí... Jámina...

La abrazó envolviéndola en su deseo... Y le mordió trágico en los ojos y la boca y en el cuello y en los senos.

—Alma... Jámina... ¿Por qué tus ojos no se rinden al llanto?

Y en la posesión cruel, las zarpas de Azús lograron las carnes de Jámina, que palpitaba cruenta...

Azús, llorando, la abandonó en el suelo y miró el águila que volaba ya,

---

NO ES LO MISMO



—Pues que te conste, Luis, que estos gorros hacen muy buena cara.

—Sí; pero ésta no les hace muy buena cara a los gorros.

---

que en esta mañana ardiente había emprendido la marcha bajo el poderoso abrazo del sol siempre joven...

Azús preguntó a Jámina, envolviéndola en su mirada trágica de mudo dolor...

—Alma, ¿vieron tus ojos alguna vez el llanto?

—¡El llanto! ¡Es un rito extraño que en mi corazón no existe!

Y los dos bajaron los ojos al suelo y

DE BUEN APETITO



—¿Te atreverías a que nos comiésemos un cuarto de cabrito en la «Bombi»?

—Mujer, si era bueno, me atrevía con el cabrito entero.

paseando su sombra por sobre la tierra  
yerma...

Luego volvió a ella...

—¡Alma! ¿Vieron tus ojos alguna vez  
el llanto?

—¡El llanto! Es un rito extraño que  
en mi religión no existe...

Y los dos elevaron los ojos al cielo y  
vieron el águila altísima que paseaba  
su realeza...

EUGENIO BLANCO SÁNCHEZ.



## CUENTO INTERRUPTIDO

Un cuentecillo me leías,  
y yo escuchaba... Era una noche  
vernal, romántica; sonaron  
las notas largas de las doce.  
La luz verdosa, puesta en vilo  
por un gran sátiro de bronce,  
nos alumbraba rembranesca

las caras, juntas, y un enorme  
silencio verde nos unía.  
(Todo fué verde en nuestras noches.)  
¿Cuál era el cuento candoroso  
que interesaba a tus candores?  
Caperucita Roja, aquella  
que se perdió en el negro bosque,  
donde, llorando amargamente  
de espanto, halló lobos feroces...  
¡Con qué calor ibas siguiendo  
la trama simple! Mas yo, entonces,  
me recreaba (estremecido  
y enardecido por el roce),  
sólo en el bosque de tu pelo,  
y en aquel bosque, en aquel bosque...  
Yo dije: «¡Pobre caperuza,  
Caperucita Roja!»... ¿Dónde  
se quedó el cuento? Allí, en la alfom-  
bra...

«Caperucita entró en el bosque».

I. PÉREZ RAMÍREZ



## DEL CERCADO AJENO

::::: LOS GRANDES CUENTISTAS :::::



**Virtud reconquistada.** Hay seres antipáticos, como ese Fulgencio, moreno y cínico, con ojos buidos y dientes brillantes, especie de hombre de presa que siempre anda de sarao en sarao, buscando un buen matrimonio, venteando la ocasión, la aventura.

Aquella noche, especialmente, me pareció insoportable, viéndole bailar en casa del rico comerciante M. Bernardino y llevando entre sus brazos de pirata a la hija de éste, una preciosa chiquilla de diez y seis años, regordetilla y morena como una gitana.

Pero, ¿dónde había visto yo aquella muchacha? ¿Cuándo, en qué sitio?... El mismo Fulgencio vino espontáneamente a resolver mis dudas.

### AL REVÉS TE LO DIGO



—Si no te metieses ahí el dinero no tendrías que quitarte la falda.

—Te equivocas: si no me quitase la falda no podría meterme ahí el dinero.

—¿Eh?... ¿Qué le parece a usted Norina?... ¡Es guapísima! Este baile se celebra en honor suyo. Su padre acaba de reconquistarla; es una aventurilla algo escandalosa.

Y empezó a hablar, recordándome a Mme. Bernardino, la esposa del negociante, de quien vivía separada; un cerebro fantaseador de artista que, al verse libre, se lanzó en brazos de una existencia loca de poeta bohemio y de enamorada. Norina, su hija, educada en aquel medio vicioso y pervertida prematuramente por el ejemplo de la madre, concluyó por fugarse con un escritor.

¿Se fugó?

—Sí, pero fué para volver poco después. Todo ello es una farsa muy chistosa. Norina, desde luego, huyó con Feliciano, un poeta rubio, muy sentimental, con ojos de español, que conoció en Montmartre en una de esas tabernas donde se canta, y que creyó que huyendo con Norina podría desposarla más tarde y apoderarse de su dote. Aquellos amores empezaron frívolamente, con madrigales y algunos guiños que los novios se hacían a espaldas de mamá. El feliz resultado de los primeros pasos animó a Feliciano, que se propasó a formular los deseos más atrevidos; Norina le oyó sin escandalizarse, y tras algunas semanas de lucha acordaron escaparse juntos. Aquí, en París, la madre, seguramente, había de estorbarles mucho... Aquella resolución inflamó más aún el entusiasmo de Feliciano, que medía las consecuencias positivas de tan novelesca aventura. Norina comprometida, el matrimonio inevitable, él yerno de Bernardino, rodeado de excelentes relaciones, rico, cubierto de gloria, triunfante, en fin... Y aquí es donde comienza la parte cómica del lance, porque has de saber que Norina es buena... ¿cómo lo diré?... que Norina no ha sacrificado aún nada que no pueda reconquistar, a despecho de aquella noche en que Feliciano pensó merecer las supremas concesiones. Norina salió de



París después de referírsele todo a su madre en una carta que dejó sobre un velador del gabinete, y vencidos todos los obstáculos y salvados todos los Rubicones, se dirigió alegremente hacia el *restaurant* de Saint Cloud, en que Feliciano, juzgándose vencedor, la esperaba. En aquella primera entrevista Norina estuvo muy alegre, dejándose abrazar y besuquear, y con los cabellos en desorden, como una loca. Feliciano creía que la hora azul había llegado. Ella dijo:

—¡Uf, qué calor!... Abra usted la ventana». El poeta obedeció; la noche era hermosísima, las estrellas parecían fulgorear más que otras veces. De pronto Norina tuvo un capricho. — «De buena gana —dijo— daría un paseo en bicicleta». Feliciano torció el gesto. — «¡Qué ocurrencial! —¿Alquilarán bicicletas aquí? — Seguramente. — Entonces... vámonos... — ¡Pero Norina!... — Prometo que el paseo será cortito. — ¿Y luego?... — ¿Luego?... lo que usted quiera».

Después bajaron al patio del *restaurant*. — «¿Dónde vamos?» — preguntó Feliciano — «Sígame usted» — repuso ella.

Y empezó a pedalear, aumentando por momentos la rapidez de su carrera. Feliciano, que es un mal ciclista, apenas podía seguirla, y la llamaba: — «¡Norina, Norina!»...

Ella, entretanto, aumentaba la velocidad de su máquina, repasando el puente de Saint-Cloud como una flecha, sin volver la cabeza, ni aminorar su marcha, dejando a Feliciano cada vez más atrás. Llegó momento en que el poeta la perdió de vista. — «¡Norina! — repetía; — ¿dónde estás?»...

En aquel paraje el camino se bifurcaba y era imposible orientarse. De repente vió una luz y corrió hacia ella. Era la linterna de un *tandem* que rodaba lentamente bajo una pareja de enamorados. Entonces Feliciano, descorazonado y rendido, echó pie a tierra, probablemente con ganas de llorar.

Entretanto Norina corría por la Avenida de Versalles hacia los Campos Eliseos, en donde vive su madre, a cuya casa llegó a las dos de la madrugada... De modo que cuando M. Bernardino, que había sido informado de todo por un telegrama, llegó, se encontró en vez del escándalo que esperaba, una Norina muy juiciosa, un poco avergonzada, reposando en su

## CHIQUILLADA |



—La chacha y el «soldao» tienen miedo y se esconden detrás de las matas. ¡Debe venir el coco!

camita de soltera de una carrera demasiado larga... Desde luego el capricho que Feliciano la inspiró había desaparecido, habiéndosele antojado desmañado y brutal. Ahora vive con su padre que, como es lógico suponer, procura casarla antes de que esta enojosa aventurilla trascienda: la empresa, sin embargo, no es tan fácil. Por lo demás —concluyó Fulgencio— Norina es encantadora...

Nunca me pareció más repulsivo que entonces, con sus ojos buidos, sus blancos dientes de fiera carnífera, su sonrisa voraz, sus brazos de pirata, prontos a crisparse sobre cualquiera mujer rica.

De pronto, profundamente emocionado por la belleza de la joven, y resuelto a impedir un matrimonio que encubría un despojo infame, me acerqué a Norina y hablé con ella largo rato; pocos días después hablé con su padre; nuestras fortunas eran casi iguales y M. Bernardino accedió gustoso a mis deseos. Aquella misma no-

che escuché de labios de Mlle. Norina un «sí» delicioso.

Y hoy día, aquella niña loca, que después de buscar el peligro supo huirle tan hábilmente, curada por sí misma del amor que a todos nos inspiran las aventuras, es una mujercita modelo.

ENRIQUE FÉVRE

## CARMEN

### I

Es un alma levantisca  
que vive en el Albaicín;  
es la musa del jardín  
de la Granada morisca.  
Es una mujer arisca  
dispuesta a ser nuestra amiga,  
y aunque sus besos prodiga  
y al pecado rinde ofrenda,  
lleva para el que la ofenda,  
una navaja en la liga.

### II

Tiene los labios tan rojos  
como el rojo de una herida,  
y sabe embrujar la vida  
con el fuego de sus ojos.  
En sus divinos sonrojos  
noches de amor nos augura...  
Y a tan gentil hermosura  
remata gallardamente,  
el talle de una serpiente  
y el pecho de una escultura.

### III

Es de belleza moruna,  
romántica, apetitosa;  
es como una flor carnosa  
bajo la luz de la luna.  
Y siempre nos dice alguna  
lindeza de buena suerte,  
signando la eme fuerte  
que en las palmas de las manos  
grabó Dios a los humanos  
como señal de la muerte.

### BROMAS DE LA VIDA



—¿Y por una broma te quedas así?  
—¡Es que han sido tres bromas, Julita..!

## IV

## LA BUENA EDUCACIÓN

Le mataron a su padre en una oscura calleja, cuando hablaba por la reja, de casamiento a su madre. En brazos de una comadre fué a su entierro una mañana, mientras la hermosa gitana que la engendró, se moría de pena y melancolía viéndolo tras la ventana.

## V

Odia el crimen y acaricia la idea de asesinar, solamente por vengar la arrebatada caricia. En cuantos cantos inicia, intercala su dolor: «Como vivo sin amor y no tengo a quien querer, doy mi cuerpo de mujer al que lo paga mejor.»

ANGEL G. LUGEA



## ¡ESOS NIÑOS...!

## I

**A**sido de la mano de su abuelito, Miguelín, cinco años, cuerpo desmedrado, cara de pilluelo, presencia el desfile de las tropas que regresan de la Jura de banderas.

Es la primera vez que Miguelín asiste a una fiesta de este género, y el entusiasmo de su almita infantil al contemplar la brillante formación es indescriptible.

Al paso de la artillería su admiración llega al colmo.

—Abuelito, pregunta. ¿Para qué sirven los cañones?

—Para tirar.

—¿Para hacer ¡bum, bum!, verdad?

—Eso es.

—¿Y para qué más?

—Para matar a los enemigos.

—¿Quiénes son los enemigos?

—Pues... a los que se mata.



—Oye, mamá, si se acercan esos caballeros, ¿yo qué hago?  
—Ya lo sabes para siempre: las niñas por detrás y los caballeros por delante.

—¡Ah! ¿Pero a los enemigos se les mata?

—¡Claro!

—Entonces yo no quiero ser enemigo de nadie; yo no quiero que me maten.

—Descuida, dice el abuelo aprovechando el chaparrón de preguntas para colocar una máxima moral; a los niños que son buenos no los mata nadie.

Pasa una batería, otra, otra...

—Abuelo, pregunta de nuevo Miguelín. ¿Cómo se hacen los cañones?

## EL AMOR EN LOS LIBROS



—Comprendo que mi declaración no es oportuna..

—Claro que no. ¡Como que estoy ahora en el momento en que el padre va a sorprenderlos!

El abuelo titubea, no sabe qué contestar; al fin, para calmar la insaciable curiosidad de su nieto, recurre a un conocido chiste de almanaque, y dice:

—Pues mira, se coge un agujero, se le rodea de hierro, y ya está.

—¿Sí?... interroga Miguelín muy asombrado.

—Sí, responde el abuelo; y así se hacen otras muchas cosas, agrega para evitar preguntas y eludir respuestas.

Miguelín calla sorprendido. Le admira la sencillez con que se fabrican los cañones y otras muchas cosas.

Pasa otra batería, otra, otra...

## II

Es en el gabinete de D.<sup>a</sup> Salomé, mamá de Miguelín. Este, tendido sobre una piel de tigre, juguetea con un falderillo. De pronto, el timbre de la puerta de entrada repiquetea por toda la casa.

—Señora, dice entrando la doncella, la señora de Villasol.

Consuelo Villasol es una de las intimas de D.<sup>a</sup> Salomé.

—Pásela usted a la sala; me estoy acabando de vestir. Oye, dice a su hijo, ve a la sala y entretén a esa señora hasta que yo vaya.

Miguelín deja de jugar con el gozquecillo, y orgulloso de su comisión sale del tocador de su madre.

—Buenas tardes, señora. ¿Cómo está usted?, pregunta saludando como un hombrecito.

—¡Hola, monín!, responde la señora mientras agrega mentalmente: ¡Qué chico más despierto!

Miguelín mira a la señora de arriba abajo, se sienta en el sofá, se urge en las narices y calla. ¿Qué demontres va a decir él a la señora aquella? De pronto, exclama:

—¿Cuántos años tienes?

Consuelo Villasol (*née* Malespina) suelta una carcajada.

—¡Eso no se pregunta nunca! Pero yo todavía puedo decirlo: tengo treinta y tres años.

—¿Treinta y tres? Y Miguelín clava con tal insistencia su mirada en las violáceas ojeras de Consuelo, que la señora de Villasol no puede por menos de ruborizarse ligeramente.

Tras de una ligera pausa se reanuda el diálogo. Ahora es la señora quien interroga:

—Y tú ¿cuántos años tienes?

—Cuatro.

—¿Vas al colegio?

—Sí, a los *Hermanos*; y ya sé muchas cosas.

—¡Caramba, hombre!

—Mira, yo sé cómo se hacen todas las cosas.

—¿De veras?

—Y Miguelín, que ha encontrado un agradable tema de conversación, agrega:

—¿Tú eres una mujer, verdad? Pues yo sé cómo se hacen las mujeres.

—¡Niño!! ¡Qué precocidad!

—¿Quiéres que te lo diga?

—No, deja...

—¡Si es muy fácil! insiste Miguelín.

—¡Pero, niño, calla!... dice Consuelo dirigiendo la mirada a la puerta en espera de que la entrada de D.<sup>a</sup> Salomé ponga final a aquella conversación.

—Oiga usted; ya verá cómo te gusta.

—¡Niño! ¡Por Dios! ¿Es eso lo que te enseñan los *Hermanos*?

Miguelín no hace caso. Está muy empeñado en que aquella señora sepa de sus conocimientos.

—Mira, se coge un agujero...

—¡Canastos! ¿Quiéres callar, muñeco?

Pero Miguelín continúa imperturbable:

—Se coge un agujero, se le rodea de telas, de sedas, de puntillas ¡y ya está!

La señora de Villasol mira asombrada al pequeño.

—Cuando yo sea grande, dice éste, compraré muchos agujeros, y telas y sedas y encajes, y tendré muchas mujeres ¡muchas mujeres!

—¿Te hice esperar mucho, querida? exclamó una voz en la puerta.

—¡Ah! Salomé...

Chasquidos de besos.

—Y este diablejo, ¿te ha hecho buena compañía?

—¡Oh! responde Consuelo. Tienes un niño terrible... mente encantador.

Miguelín dedica una sonrisa a la se-

¿DE DÓNDE...?



—¿Por qué no dejaste pasar anoche al barón?

—Tiene dicho la señorita que nadie la moleste por la noche,

—¿Y de dónde sacas tú que por la noche moleste un barón?

## PRECOCIDAD



Ahí la tienen ustedes, tan jovencita y ya ha habido necesidad de «atarla de corto».

ñora de Villasol y se dispone a ojear un álbum de postales. Las dos amigas comienzan el *despellejeo*.

—¿Sabes lo que dicen de Juanita Casanova? Pues que... Pero no:

*Las once dan, yo me duermo;  
quédese para mañana.*

VICENTE VEGA

EN BREVE

## "Escenarios Madrileños"

por CÉSAR JALÓN

## REMEMBRANZA

**M**OHAMED, mi buen amigo, me relata un pedazo de su historia de espíritu musulmán. Es un perfecto modelo de legendarios Abencerra-

jes. Su cutis, de bronce, hace resaltar sus dientes blancos de marfil. Parece de ébano su redonda y recortada barba, y viste blanca chilaba que le da cierto aire majestuoso que infunde admiración y respeto.

Su característica es la indolencia. Me habla despacio y entorna sus negros ojos soñadores en visiones que parece surgen de los espirales azulados del humo de su pipa de «kif».

Abu-el-Kássem, el más poderoso caballero de la Garbía, era grande amigo mío. Juntos fuimos, con nuestras brillantes mesnadas, a pelear más allá de Arbana, y en una de las noches homicidas de combate pude rescatar a mi herido compañero de entre las bayonetas de los franceses, haciendo sentir el peso de su gümia.

Desde entonces más que amigos fuimos hermanos. Abu-el-Kássem me brindó su palacio de Yebel-Darsa. Compartiamos gustosos nuestros manjares y hacíamos juntos nuestras correrías.

Una noche, ¡maldita noche!, después de una succulenta cena, Abu-el-Kássem había sido vencido por el sueño del opio y los efectos del vino.

Por primera vez, y en mi honor, se había sentado a la mesa Aissa, su gentil favorita, una hermosísima mora, de ojos abrasadores y pechos ubérrimos.

Después de contemplar a Abu-el-Kássem, inerte en el suelo, se encontraban nuestras miradas codiciosas, concibiendo atrevidas ideas de apetitos sexuales.

Creí abrasarme en sus ojos como ascuas, y la pasión que ardía en mi pecho tuvo que estallar al fin en un abrazo de locura y un montón de codiciosos besos. Después... Cupido se encargó de echar un velo en la alcoba de Aissa.

Pero Abu-el-Kássem, que había despertado de su letargo, gümia en mano, se encargó de romperlo, frenético, como fiera herida de muerte, acometiéndome furioso.

Yo pude escapar milagrosamente arrojándome por una ventana. De Aissa no he sabido nada. ¿Vivirá? Es mi eterna pesadilla. Quizá haya sido una mártir del deseo; pero siempre en mi corazón perdura una dulce remembranza de aquella noche memorable de pasión y de delirio.

... Y pensando en sus pretéritas locuras, entornaba indolentemente sus ojos negros, ojos soñadores, en fantásticas imágenes que surgían en el numen de su loca fantasía.

ANGEL CLIMENT TORMO

Larache-Junio 1915.



### ...Y VAMOS TIRANDO

Vino a la corte un inglés,  
encontró una chica sana,  
y vivió con ella un mes,  
sólo por ser sevillana.

El inglés gozó bastante,  
que era guapa la chiquilla,  
diciéndole a cada instante:  
—A mí gustarme Sevilla.

Entre el inglés y la chica,  
lo que pudo suceder  
ni el más listo se lo explica;  
pero al ver a una mujer  
aunque se encuentre en Chinchón,  
en Cáceres o en Totana,  
les dice con prevención:  
—¡Oh, no! Tú ser sevillana.



Del pelotón de los torpes  
era el más corto Patricio,  
y el cabo, al ver que no daba  
las vueltas como es debido,  
porque de izquierda o derecha  
nada sabía el maldito,  
cogió dos higos el cabo,  
se los metió en el bolsillo,  
diciéndole:—Esta es tu izquierda;  
fíjate bien, que te lisio,  
y métete en la derecha  
esta nuez. En cuanto lo hizo,  
comenzó el mando de nuevo,  
repitiendo siempre a gritos:

—Firmes... ¡A la nuez! Descansen.  
En su lugar... ¡A los higos!  
Pero como ante las voces  
no se movía Patricio,  
le dijo el cabo:—Alma mía,  
¿adónde tienes los higos?

### LOS QUE VIENEN DEL PUEBLO



—Adiós, Paca, me voy. ¡La señorita me ha  
recibido talmente que a un perro!

—¿Y te quejas? Pues si precisamente la se-  
ñorita se deshace con los perros.

Y con la voz suplicante  
respondió llorando el quinto:  
—¿Ande los voy a tener,  
sí ya me los he comió?

LUIS ESTESO

Agentes Exclusivos en Sud América

MASIP Y COMPAÑÍA

RIVADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones España

IMPRESA  
DE  
Ediciones España

Calle de Santa Isabel, 45

Apartado 547    MADRID    Teléfono 1.843

**LA INGLESA**

Primera casa en gomas higiénicas

MONTERA, 35 (Pasaje)  
y VICTORIA, 3, Ortopedia

Catálogo gratis enviando sello

# ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

## Antes, EN EL LECHO CONYUGAL y después

— Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etc.); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben o aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España.—En Madrid, Fé, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo certificado, enviando 3 pesetas por Giro postal a *Archivo*. Apartado 432, Madrid.

## CUATRO LIBROS INTERESANTES

**Fruta prohibida. ❖ Los quince goces del matrimonio**  
**Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).**

Se envían a provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en Giro postal, mutuo o sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por cinco francos o un dólar.—Los pedidos, con su importe, diríjense únicamente a *Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid* (Casa fundada en 1896).—*Biblioteca privada*.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 pesetas.—*Exportación por mayor, de revistas ilustradas y periódicos* a los señores libreros y correspondientes de España y América.